

## Culpables pontificando

CATALINA URIBE



EL PASADO CONGRESO CONSTITUTIVO de las Farc produjo un sinsabor en algunos colombianos. El antiguo grupo guerrillero fue criticado por mantener el nombre Farc, por la ostentación del concierto de clausura, así como por algunas de las frases de sus líderes. En el evento se habló de “ser ejemplo de la democracia que Colombia necesita” o de “luchar contra la corrupción y podredumbre de los que han gobernado”. Y aunque estas frases en abstracto suenan pertinentes para la situación del país, son toda-

vía chocantes cuando las pronuncia un exmiembro de uno de los grupos armados más violentos, corruptos y destabilizadores de la democracia que ha tenido Colombia.

Pero el problema de este tipo de discursos no es sólo de las Farc. La inconformidad generalizada viene sobre todo de sentir que en Colombia cualquiera que comete una falta se convierte en autoridad moral para hablar de ella. Así, tenemos a *Popeye*, antiguo sicario de Pablo Escobar, con casi 40.000 seguidores en Twitter, criticando a “bandidos” y “criminales”. En una escala moral mucho más moderada, también tenemos que oír a Ernesto Samper reprochando a los acusados de corrupción, a Andrés Pastrana desaprobando “la entrega del país a las Farc” y a Álvaro Uribe reprobando la impunidad.

Esto no quiere decir que quienes tienen un

pasado cuestionable no puedan por eso hablar de los asuntos públicos. La dificultad está en el tono y en la forma. La opinión digiere más fácil estos discursos cuando se hacen desde el reconocimiento del daño de la acción, o desde una corrección, o desde la experiencia de fracaso. El problema está cuando debemos oír a ciertos personajes hablar desde una posición que los exime de toda culpa, y que parece burlarse cínicamente de la memoria de los colombianos.

Parte del reto para empezar a bajar la polarización del país consiste precisamente en reclamar un cambio de tono en el discurso político. En parar el pontificado de quienes tienen rabo de paja. Recordemos que aprender a callar es también una virtud ciudadana. Alborotar los ánimos no hace otra cosa que abrirle la puerta a la violencia de la venganza.

## Desmoronamiento

JOSÉ FERNANDO ISAZA



DURANTE MÁS DE 50 AÑOS, LA guerrilla luchó por derrotar al Estado y sus instituciones. En muchas ocasiones logró debilitarlo y, como respuesta, el establecimiento redujo las libertades democráticas, legislación bajo estado de sitio, consejos de guerra civiles, restricciones a la movilidad de los ciudadanos, detenciones sin orden judicial, etc. Lo que no logró la guerrilla, resquebrajar las altas cortes, lo consiguió el exfiscal anticorrupción al desvelar, sin querer, los actos de corrupción en las altas cortes.

La podredumbre venía de vieja data. Magistrados usaban sus posiciones para enriquecimiento personal. Se rumoraba de coimas, de extorsiones de miles de millones de pesos que permeaban los fallos de la Corte Suprema de Justicia y de los tribunales regionales. Haciendo un símil, puede pensarse que todo este barril de crímenes era una bomba que requería un detonante para que explotara y pusiera en evidencia la pestilencia que ocultaba. El detonante fue un “pequeño soborno” de US\$10.000 recibidos por el abogado Moreno, quien mostraba en su hoja de vida una fulgurante carrera ascendente. La cifra recibida no era ni la cuota inicial para arreglar el proceso a un delincuente; podría tratarse de simplemente un monto para pisar el negocio. Lo que sigue es la comprobación de los delitos de expresidentes de la Corte Suprema. Esto, unido a violaciones al Código Penal por un magistrado de la Corte Constitucional, ha, por decirlo así, dinamitado al poder judicial, desde sus más altas cortes hacia abajo. Un golpe demoledor a uno de los pilares del Estado democrático.

La sociedad se había vuelto tolerante con la corrupción de otra rama de la democracia, el Congreso. Aún conociendo la poco presentable hoja de vida de los candidatos, vinculados con el narcotráfico, la parapolítica, el cartel de la contratación, etc., el elector no les negaba su voto y los reelegía casi indefinidamente. Cuando eran sentenciados por algún crimen inocultable, sus cónyuges o hijos los sucedían sin rubor alguno en el “Templo de la Democracia”.

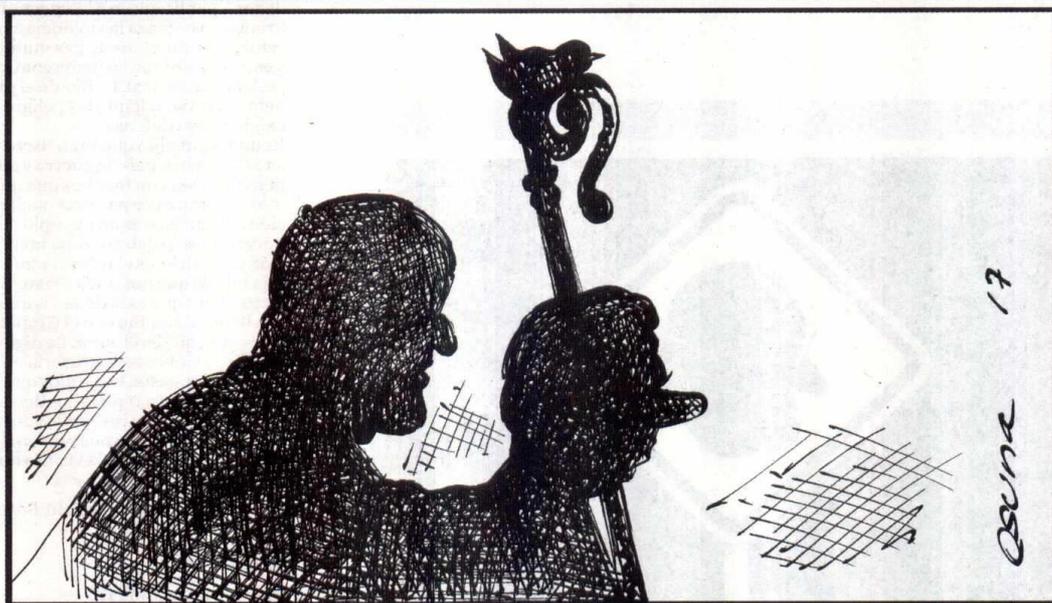
Algunos cínicos afirman que la elección popular de alcaldes y gobernadores, más que fortalecer la democracia, lo que hizo fue descentralizar la corrupción. Ejemplos abundan: el atraco a las regalías en La Guajira, las refinarias inexistentes en la Meta, etc. Sería injusto decir que el despilfarro de los recursos públicos sólo se produce en las regiones. Reficar es un macroejemplo de un gasto incontrollable de una entidad de capital público mayoritario.

¿Qué puede pensar un ciudadano cuando se enfrenta a la cruda realidad, el cáncer de la corrupción y el manejo de los dineros públicos, permeando las instituciones en las cuales se asienta el Estado democrático?

Iniciativas como el referendo contra la corrupción, en especial la que se presenta en el Legislativo, promovida por Claudia López, y reformas radicales al juzgamiento de los altos jerarcas del Estado van en la dirección correcta. Se requieren medidas prontas y eficaces si se quiere evitar que a través de un sistema de elección lleguen al poder quienes no creen en los derechos ciudadanos y destruyan la incipiente democracia. Una mirada al vecino puede ser oportuna.

Los teóricos de la “teoría de catástrofes” dirían que los US\$10.000 que son una ínfima fracción de los montos que transaban movió el sistema de “corrupto oculto” al estado de “corrupto visible”.

## Osuna



¡Habemus papam!

## La idea del futuro

MELBA ESCOBAR



CUANDO ERA PEQUEÑA CREÍA QUE los adultos siempre sabían lo que estaban haciendo. No sé de dónde me vino esa idea, pero creo que era bastante frecuente entre los otros niños de hace 30 años o más.

Lo cierto es que algo ha cambiado. Mi hija de cuatro años me cuestiona todo el tiempo. Duda de mi capacidad de tomar decisiones para vestirme (recalca que la chaqueta o el bolso no combinan). También cuestiona si eso es lo que debemos comer de almuerzo, o si ese es el programa de televisión que deberíamos estar viendo.

Tiene otras inquietudes que traspasan las puertas de nuestro hogar, como cuando le dije al portero que no era bueno para él dormir sentado y en uniforme, por lo cual debería ir a su casa y traer su cama para descansar adecuadamente. Al mismo portero, un domingo quiso invitarlo al parque porque “está hacien-

do sol, no te vas a quedar aquí solo sin hacer nada”. Pensé que sus cuatro años están llenos de verdades naturales, difíciles de refutar y que, a veces, los adultos somos los que construimos unas reglas arbitrarias, o en cualquier caso rígidas hasta la ridiculez.

Algo pasa en ese trayecto a la adultez, porque en el camino vamos desinstalando preguntas vitales, sentido común, para ir acomodando en su lugar costumbres hechas a fuerza de repetición. Llámelo tradición si se quiere, pero esas acciones que repetimos por inercia van llevando a una aceptación bobina de eso que reducimos a un “porque sí”.

Hay algo amargo en pensar que crecer es someterse a una forma arcaica, a menudo errónea, de hacer las cosas. Es quizá por eso que aunque a veces me agota la energía de mi hija para llevarme la contraria, también encuentro consuelo al notar que ella no cree que los adultos sepamos siempre lo que estamos haciendo. Y es quizá ahí donde yace su poder para pensar de una forma nueva. En ella veo a una persona que se sabe integrante de una comparsa donde no hay jerarquías, o donde las jerarquías son apenas otro de tantos inventos que, co-

mo todos, se pueden repensar.

Ya hace rato llegué a la vida adulta y no pasó nada de lo que esperaba. No se me aparecieron las respuestas correctas, ni dejé de equivocarme. Sigo siendo torpe y mi parte adulta a menudo se justifica con un “así son las cosas”.

Estoy comenzando una novela y por unos meses le dedicaré toda mi energía y mi tiempo. Si al final no la termino, o no resulta tan buena como me la imagino, en todo caso no será culpa del tiempo que me quitaba escribir esta columna. Ya les contaré qué pasa cuando uno no tiene excusas para dejar de hacer algo. A veces pienso con terror que ser adulto es tener muchas excusas; comenzar a envejecer, luego morir, siempre con renovadas excusas que nos llenan de inercia vital. Espero que ese no sea el resultado de mi descubrimiento.

Este espacio quincenal que tengo desde hace dos años ha sido importante para mí. Aquí también he querido pensar en voz alta y quizá incluso aportar algo a alguien. No sé si lo he conseguido. Lo importante, al final, es haberlo intentado. A quienes me leyeron, y a Fidel Cano por el espacio, tantísimas gracias y más.

@melbaes